

Vista general de Bubión, una de las aldeas situadas en la ladera oriental del barranco de Poqueira, en la Alpujarra.

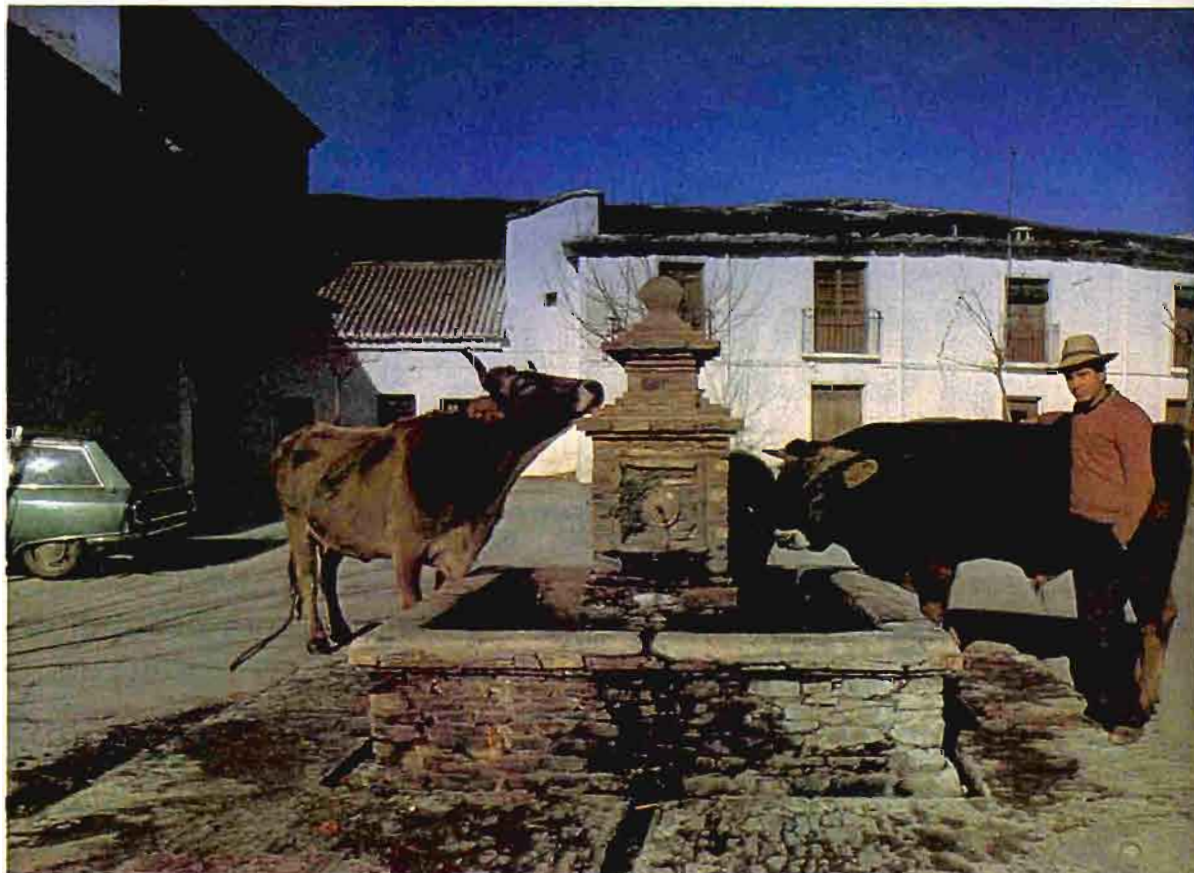
CON LA SIERRA POR HOGAR

El primer parador de turismo promovido por la Junta de Andalucía se construirá en Bubión, una aldea de la Alpujarra granadina que ha sabido mantener sus formas tradicionales de construir, trabajar y divertirse, y que, estos días, celebra sus fiestas patronales de San Sebastián.

*Texto: Javier Valenzuela
Fotos: Ana Torralva*



Sobre estas líneas,
una demostración
práctica de la aplicación
estética
de los pimientos.
Arriba, a la derecha,
los chorizos en el balcón.
La matanza es el momento
cumbre de la vida
cotidiana. En la fila
inferior, a la izquierda,
dos vacas en la plaza
del pueblo. Los animales
utilizan las calles
con la misma naturalidad
que las personas.
A la derecha, una nueva
muestra de la importancia
de la matanza
para los campesinos.



BUBIÓN

En las noches de verano, y después de escuchar un poco de flamenco con su amigo Matías, Pepe, *el del Portón*, se subía con una manta al *terrao* de su casa y esperaba las primeras luces del alba escuchando el concierto de los grillos y meditando acerca del misterio de los miles de estrellas que en la Alpujarra brillan con un fulgor inusitado, como si fueran bombillitas al alcance de la mano. A esas horas, y a menos que el pueblo celebrara las fiestas de san Sebastián, la mayoría del vecindario humano y animal de Bubiión dormía placidamente, y las vigiliias de Pepe sólo eran compartidas por algunos gatos trasnochadores y, bueno, también por alguna que otra zorra, descendida desde los cercanos picachos para arriesgar su pellejo en los gallineros.

Pepe, *el del Portón*, fallecido el pasado año, era uno de esos filósofos campesinos que abundan en la sierra granadina, y se interrogaba constantemente sobre las cosas que acontecen de un modo tan misterioso como inevitable. Las fases lunares y el eterno retorno de la vida en primavera fueron dos de sus temas favoritos. También era Pepe un magnífico narrador de esas historias engendradas por la imaginación celta de los repobladores gallegos sobre lo que fue durante casi un milenio una tierra morisca. Siempre estaba buscando los tesoros que aseguraba que los sarracenos escondieron antes de su obligada partida y se sabía de carrerilla el cuento de *El castaño gordo* de Bubiión, que el escritor granadino Francisco Izquierdo recogiera en su *Apócrifo de la Alpujarra Alta*.

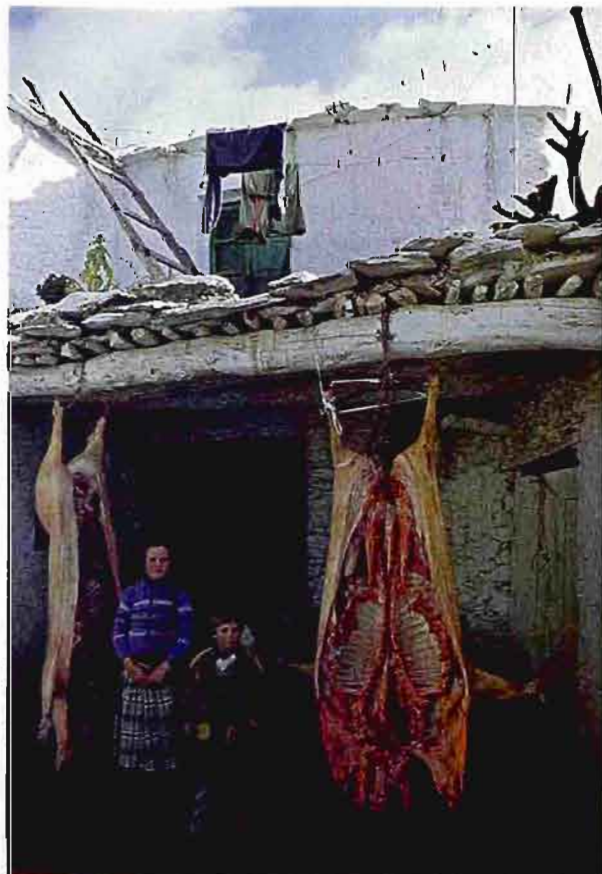
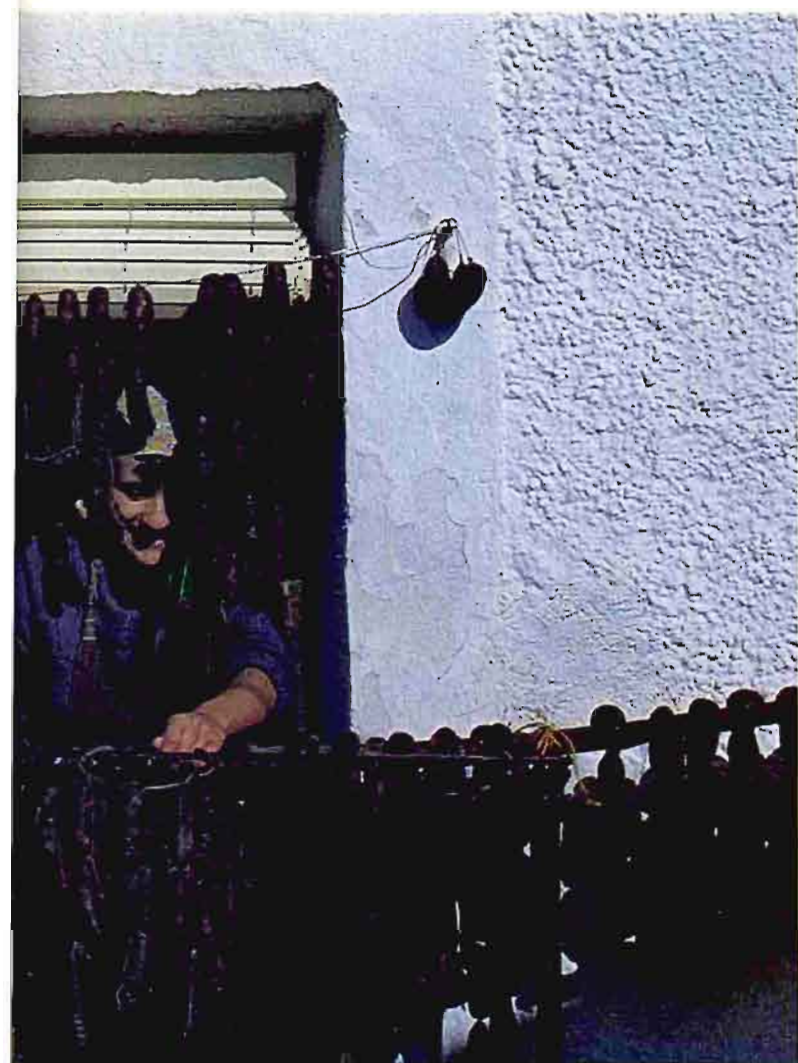
Cuenta Izquierdo que, poco después de la expulsión de los moriscos, había en Bubiión un castaño tan grande que en su sombra cabían hasta 24 personas. El árbol, pensaba todo el mundo, tenía poderes sobrenaturales y en la noche de san Juan se transformaba en un ejército de *monfies* o guerrilleros islámicos, que cabalgaban por las cumbres de Sierra Nevada, provocando el terror de los cristianos, recién asentados en esas tierras. Las habladurías acerca del castaño alcanzaron tal intensidad que un comendador de Castilla decidió que el árbol era un brujo merecedor de un proceso público.

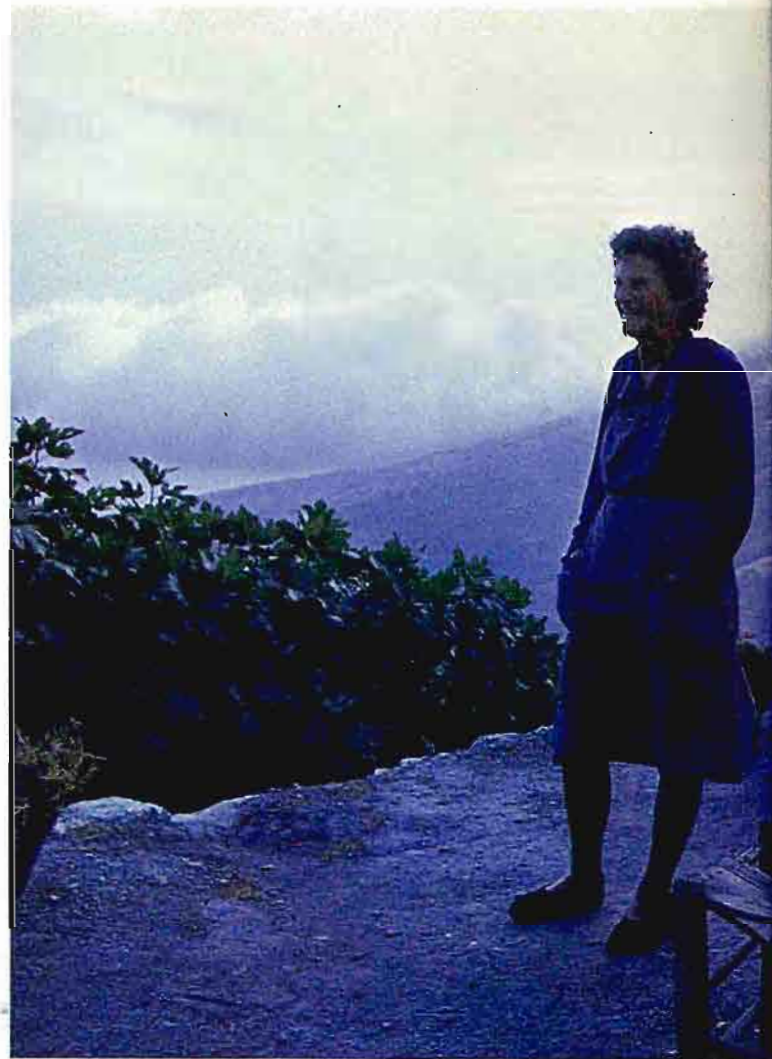
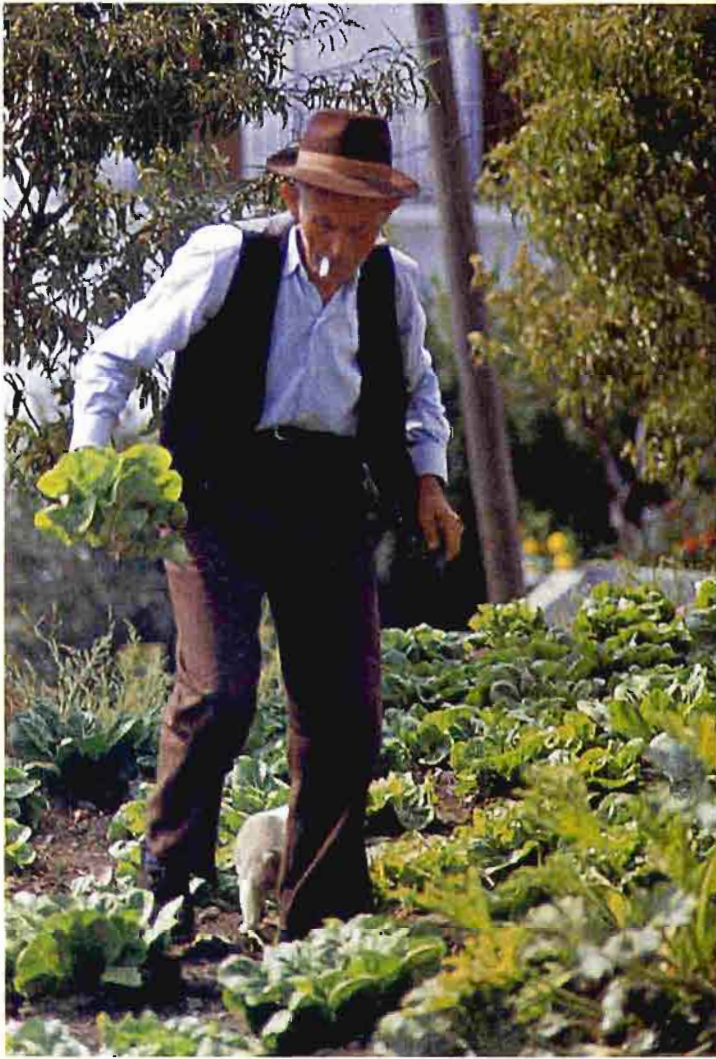
"El juicio se celebró una tarde de julio, con la calor fuerte, y los jueces y escribanos y el mucho público se cocían al sol, sin dejar que las sombras del árbol les tocaran el cuerpo", relata Izquierdo. Al castaño se le preguntó si había sostenido que Cristo no era Dios, si tenía fe en la secta de Mahoma y si tenía inteligencia con espíritu maligno. Y como no soltó prenda y a nada respondió, el comendador decidió que quien calla, otorga, y que en el silencio se hallaba la culpa. El árbol fue sentenciado a la hoguera y se dice que tardó en arder dos semanas justas.

Bubiión, el lugar donde nació, vivió y murió Pepe, *el del Portón*, y donde se sitúa la leyenda de *El castaño gordo*, es una de las tres aldeas que cuelgan, de forma casi inverosímil, en la ladera oriental del barranco del Poqueira, uno de los rincones más puros de la comarca granadina de la Alpujarra, descubierta para el mundo por Gerald Brenan en *Al sur de Granada*. El barranco nació hace muchos miles de años, antes de que el hombre pisara la tierra, cuando la espada de un titán le dio un tajo terrible a la vertiente meridional de Sierra Nevada. La herida quedó estrechada hacia la eterna nieve del Veleta y abierta hacia los vientos cálidos y húmedos del cercano Mediterráneo africano.

Si se parte de Granada con la intención de llegar a esta gigantesca angostura, hay que tomar la carretera que conduce a Motril y desviarse a la izquierda en la Venta de Angustias, con destino a Lanjarón y Orgiva, las capitales de la comarca. En esta última población, el giro será de nuevo hacia la izquierda, hacia la Alpujarra Alta. Son, en total, unos 70 kilómetros de permanente subida, de vueltas y revueltas por carreteras más bien estrechas, que producen al viajero la impresión de que está ascendiendo a los cielos. Y casi no es para menos: Bubiión se sitúa a 1.240 metros de altura sobre el nivel del mar.

Unos 300 bubioneros, labradores y pastores en su mayoría, se afanan hoy, como lo hicieron sus antepasados, en introducir un orden humano en un paisaje agreste, y lo hacen del mejor modo posible: estableciendo con la naturaleza una relación simbiótica y no competitiva. Visto desde lejos, el pueblo es un amontonamiento de casas de no más de dos plantas, que se encaraman unas sobre otras en la falda de la montaña./PASA A PAG. 25





Sobre estas líneas,
Frasquito Puga,
de la quinta
de Alfonso XIII,
que aún brinca
como un chaval.
A su derecha, Carmen,
a quien las alas
de los murciélagos
le parecen
"telas de sombrillas".
Abajo, a la derecha,
Pepe *el del Pastor*.
Fue una institución
en el pueblo.
Por último un detalle
constante en Bubión:
en ninguna casa
falta el gato.



BUBIÓN

VIENE DE PÁG. 23/produciendo el efecto de blancas manchas de polvorrón sobre el verde y oro de los bancales, cultivados con el amor que se dedica a un jardín, y de los bosquecillos de castaños, robles y nogales.

Las viviendas de Bubiión —conservadas en su apariencia tradicional merced a la sensata actitud de la mayoría de sus habitantes y, en particular, del alcalde, Juan Pérez, y el secretario, José Cabrera— se levantan aprovechando las pendientes más suaves y adoptan irregulares y expresionistas formas cúbicas. La estrecha vinculación de esta comunidad con el terreno sobre el que se asienta se evidencia también en los materiales de construcción, todos autóctonos: gruesas piedras para los muros, y vigas de castaño, pizarras y una tierra arcillosa e impermeable conocida como *launa*, para los techos. Los techos alpujarreños o *terraos* son toda una institución y sobre ellos se puede caminar, contemplar la procesión del patrón san Sebastián o depositar, para su secado, ropas y ristras de pimientos y tomates.

El urbanismo bubionero surge orgánicamente de lo rural y en él destaca sobre todo la presencia en el interior de la población de numerosos huertos e incluso de barriadas autónomas, o *cortijadas*, como las de Buenavista, Lavadero o Los Mártires. Esta última, al decir de los especialistas, fue el primitivo núcleo de población morisco y la mayoría de sus viviendas, que, en muchos casos, son las mismas que levantaron en su día los musulmanes, sólo tienen equivalentes en las construcciones bereberes del Atlas marroquí.

Los habitantes de la barriada de Los Mártires forman una especie de comunidad particular dentro del pequeño pueblo y practican de modo extraordinario el principio del apoyo mutuo. Si un vecino cae enfermo, todo el mundo lo atiende. Si precisa refuerzos para la matanza, no le faltarán brazos amigos. Y también, si celebra una fiesta, no serán precisas invitaciones para que los demás se acerquen a compartir unas buenas migas o unas *papas a lo pobre*.

El sentimiento comunitario de Los Mártires es asimismo la causa de que gran parte de sus habitantes masculinos trabajen en una cooperativa dedicada a la

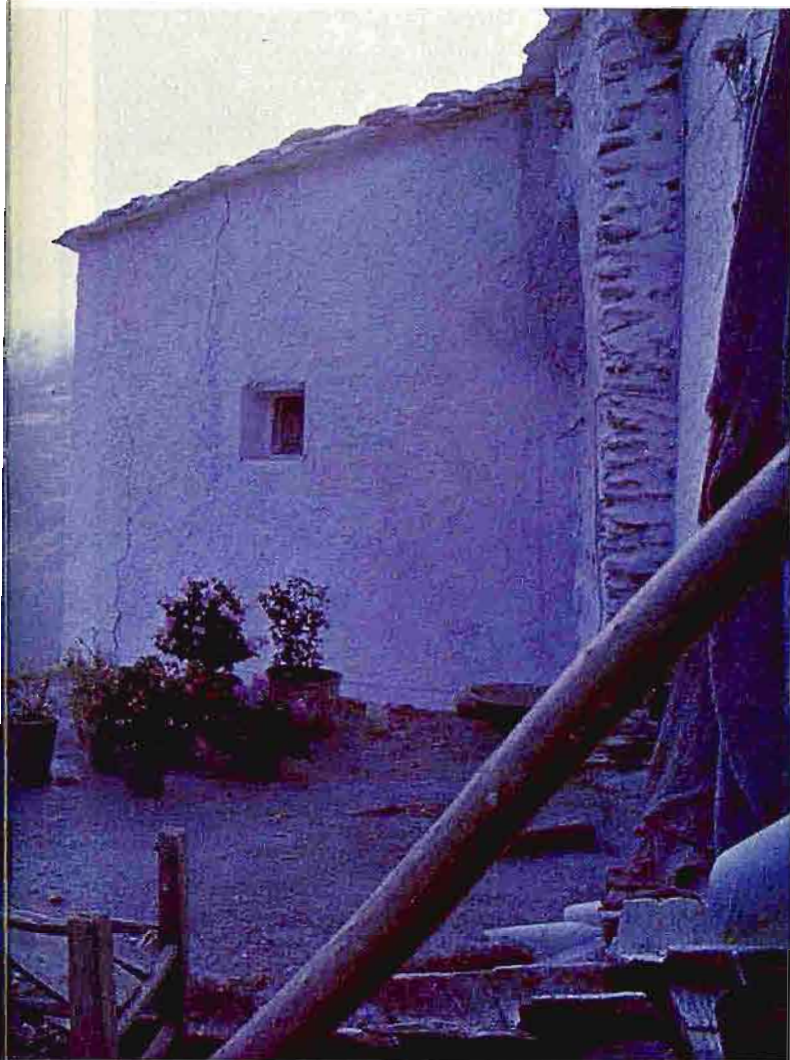
construcción. A los albañiles de la cooperativa y a los otros que trabajan por su cuenta pocas veces les falta trabajo en Bubiión: las reparaciones e incluso reconstrucciones de edificios son continuas en la aldea.

En realidad, este espíritu solidario puede generalizarse a toda la aldea, como afirma Frasquito Puga, patriarca de una respetada familia y, sin duda, uno de los más viejos del lugar. El abuelo Puga tiene sobre su rostro todo el complicado paisaje alpujarreño y en su corazón, la nobleza y laboriosidad de un pueblo que, hasta hace bien poco, vivía aislado y de modo autosuficiente. Puga no recuerda su edad, sólo sabe que es de la misma quinta que el abuelo del rey don Juan Carlos, y todavía sigue cuidando sus huertecillos con el entusiasmo de sus años mozos.

En sus escasos ratos libres, el patriarca alpujarreño suele invitar a sus muchos amigos a una *gotilla* de vino y es entonces cuando, liando un pitillo de *churrasca*, el tabaco de la sierra, explica su concepción del mundo, que sintetiza muchos siglos de cultura alpujarreña: "Somos gentes acostumbradas a la mucha estrechez y a la poca bulla", dice. La clave de la supervivencia en las duras condiciones ambientales de la sierra, explica Puga, es trabajar sin prisa, pero sin pausa. Eso y celebrar las fiestas con la mayor alegría.

El calendario de los bubioneros se sigue estableciendo en relación con los trabajos estacionales de la tierra —siembra y recolección de trigo, maíz, habichuelas y patatas— y por los ritos y fiestas correspondientes. Los dos grandes momentos del año son la matanza del cerdo en invierno y la parva del trigo en verano, y, en ambas ocasiones, lo laboral va parejo con lo lúdico, y corren tanto el sudor de los trabajadores como el vino *de la costa* y las lascas del buen jamón del país. Pero la fiesta grande del pueblo es la de san Sebastián, que se celebra el penúltimo fin de semana de agosto, y en la cual, amén de misas, procesiones, verbenas y representaciones infantiles, los vecinos escenifican en la plaza una comedia de *Moros y cristianos*, que recuerda los tiempos de las guerras entre el Islam y la Cruz en territorio granadino.

Es Bubiión un pueblo chico donde todos se conocen, pero cada uno tiene su bien definido perfil personal; donde por las calles circulan vacas, cabras y ovejas, con la misma/PASA A PAG. 26





Una escena de las fiestas de Bubiión, que se celebran este fin de semana.

BUBIIÓN

VIENE DE PÁG. 25/naturalidad que las humanas criaturas; donde los toques de la campana de la iglesia siguen teniendo su papel como medio de comunicación; donde el lavadero es el reducto inexpugnable de los coloquios de las mujeres; donde el alcalde tiene que buscar a los concejales por los campos, para que asistan al pleno de la corporación; donde un suceso muy comentado puede ser que el bueno de Juan Piñar pierda su mulo y éste aparezca, dos días después, en una aldea situada a varios kilómetros; donde la gente todavía emplea viejas palabras castellanas como *cabildo*, *fenecer* o *luengas*, por ayuntamiento, morir y largas.

Una especie de poesía surrealista surge espontáneamente en reflexiones como la de Carmen, *la Patrocinio*, al contemplar a un murciélago: "Mire usted, las alas parece que las tiene hechas con tela de sombrilla". Y es que, como afirmó el hispanista inglés Brenan, en esta tierra crecen parejos el sentimiento de poesía y el sentimiento de realidad". Los bubioneros, gentes con los pies bien firmes sobre el pendiente terreno, poseen, al mismo tiempo, una gran capacidad imaginativa. Tal

vez por eso, la furgoneta de Manolo Quirantes transporta, dos o tres veces al mes, a un grupo de dolientes vecinos hasta la distante Almegijar, una población alpujarreña donde ejerce, al parecer con éxito, un famoso curandero.

Los bubioneros, al fin y al cabo descendientes de los repobladores gallegos, castellanos y leoneses del siglo XVII, y puede que también nietos de algún que otro morisco, son andaluces de una pasta muy particular. Gente escéptica ante lo que no proceda del propio esfuerzo, terriblemente irónica y muy hospitalaria, no niegan el pan y el techo a ningún forastero, pero si éste pretende también ganarse su corazón, deberá mostrar un notable respeto hacia su forma de ser. Eso es justo, y así lo han entendido las varias decenas de personas que, en los últimos años, y procedentes tanto de distintos lugares de España como de países extranjeros, se han asentado en el pueblo para practicar la artesanía, trabajar el campo o, pura y simplemente, huir del mundanal ruido.

No ha llegado todavía la hora en que miles de turistas, tomavistas en ristre, desembarquen en Bubiión, husmeen por sus callejuelas y alteren la serena vida del vecindario. Y eso tanto por las relativas dificultades para acceder allí, como por la inexistencia

de una infraestructura de servicios hosteleros.

Cuatro son, por el momento, los lugares donde el visitante puede comer, dormir o tomar una copa en la aldea alpujarreña. Ante todo, El Teide, un restaurante considerado por los gastrónomos granadinos como uno de los mejores de la provincia, donde pueden consumirse las especialidades locales, bien al calor de la chimenea en invierno, bien en su patio de cerezos durante el estío. El bar Antiguo ofrece, por su parte, no sólo plato y lecho a precios módicos, sino, sobre todo, el talento de su propietario, Pepe, *el Tranquilo*, ejemplo sin par de cómo abordar la vida con sonriente parsimonia. A Pepe se le pide un café y, si está en vena, puede responder con toda normalidad si se quiere para hoy o para mañana. El cliente no enterado apenas sale entonces de su asombro.

El bar Fuenfría es otra cosa. Allí se puede escuchar una conversación en inglés o jugar una partida al *billar tibetano*, sin que se pierda el sentimiento de estar al sur de Granada, en un territorio donde el tiempo se remansa y el arte de vivir consiste en hacer hermosas las cosas pequeñas. El Fuenfría tiene vigas de madera, chimenea de piedra y está regentado por una muchacha angloandaluza. Por último, en Bubiión

está la pensión de María, *la del lavadero*. Dormir en casa de María es hacerlo en un sitio donde el visitante es considerado como un familiar desde el mismo momento en que traspasa el umbral. Allí ha descansado, entre otros, el director de cine Victor Erice, un enamorado de esta sierra.

Esta situación cambiará, con toda seguridad, cuando dentro de un año y pico se inaugure en Bubiión el primer parador turístico promovido por la Junta de Andalucía. El proyecto de la Consejería de Turismo del Gobierno autónomo contempla la creación de 47 viviendas unifamiliares que mantengan el singular estilo arquitectónico y urbanístico de la población alpujarreña. Los bubioneros han acogido con entusiasmo esta iniciativa, que mitigará la secular pobreza de la aldea, pero todavía está por ver si la solución no corre el riesgo de convertir al pueblo en una especie de *reserva*, cuyos habitantes abandonen para siempre una milenaria forma de ser y trabajar, convirtiéndose en meros servidores del ocio ajeno. En cualquier caso, todavía puede vivirse en esta región hiperbórea como lo hizo Pepe, *el del Portón*: liando un cigarrillo ante el abismo y meditando sobre el curioso modo en que ocurren las cosas de la naturaleza. ■